

Homilía en la Santa Misa exequial
por el eterno descanso del presbítero Pedro del Río Alonso
Basílica de Nuestra Señora de los Milagros (Ágreda) – 17 de marzo de 2011

Queridos sacerdotes concelebrantes; muy querida madre y hermanos de nuestro querido D. Pedro:

La muerte de un ser querido siempre nos deja *paralizados* -por así decir- ya que alguien muy nuestro deja este mundo para siempre, y eso siempre significa un duro golpe para quienes hemos estado unidos a él por unos u otros vínculos. Pero cuando la muerte sobreviene de una forma totalmente inesperada -y nos *arrebata* a una persona en plena juventud- nos deja totalmente a la intemperie, desorientados y sin aliento ni palabras; llenos de dolor y de preguntas sin respuesta humana.

Es lo que a todos nos sucede en estos momentos; es lo que desde ayer por la mañana estamos viviendo todos nosotros, familiares, compañeros y amigos de nuestro hermano sacerdote Pedro. Sí, en momentos como éste, de honda tristeza, todos nosotros necesitamos activar y actualizar de una manera especial nuestra fe y nuestra esperanza.

D. Pedro fue una persona alegre y jovial; un sacerdote que quería mucho a la gente y que hacía amigos enseguida porque era de talante muy abierto. En más de una ocasión había pensado en este momento de la muerte y estaba preparado para encontrarse con el Señor. Hacía unos días había tenido lugar una celebración penitencial en esta parroquia y él había participado, primero como penitente -confesándose- y después como ministro de la penitencia perdonando los pecados a cuantos se acercaron a recibir la misericordia divina.

Nuestro hermano sacerdote Pedro había nacido aquí -en Ágreda- hacía 49 años. Este año iba a celebrar sus bodas de plata sacerdotales al haber sido ordenado en el año 1986 en la iglesia de San Miguel de esta misma Villa. Durante estos 25 años ejerció su ministerio sacerdotal en Borobia, Ciria, Carabantes, Quiñonería, Peñalzar, Pomer, Renieblas, Aldehuela de Periañez, Arancón, Cortos, Calderuela y Nieva de Calderuela. Igualmente sirvió a los fieles en Torretartajo, Velilla de la Sierra y Ventosilla de San Juan; y en Dombellas, Canredondo, Santervás de la Sierra, Pozalmuro, Tajahuerce y Villar del Campo.

Queridos hermanos: estamos reunidos en oración, en esta parroquia de Nuestra Señora de los Milagros de Ágreda, para celebrar la Santa Misa exequial por su eterno descanso, para orar por él, para dar gracias por él. Juntos, elevamos nuestra oración y nuestro corazón, vosotros, su familia (especialmente la madre y sus hermanos); el presbiterio diocesano con el Obispo a la cabeza, su segunda familia; y los fieles de ésta y otras parroquias a las que D. Pedro estaba sirviendo sacerdotalmente en este momento o a aquellas en las que había ejercido el ministerio con anterioridad.

Como os decía al principio, hoy todos albergamos en el corazón el mismo sentimiento: el profundo dolor por la muerte de alguien a quien queríamos. Pero por encima de este natural dolor humano, desplegamos la certeza sobrenatural que nos une en la misma fe en Cristo, muerto y resucitado, con una misma esperanza pues sabemos realmente que nuestro hermano también resucitará.

Pero, además, hoy la tristeza es -si cabe- mayor pues los sacerdotes, cada vez que como sacerdotes nos reunimos para despedir a un miembro de nuestro presbiterio diocesano, experimentamos la honda tristeza que provoca la muerte y la separación de un ser querido, de un amigo, de un compañero. Y ¿qué decir cuando, en un caso como el de Pedro, se trata de un sacerdote joven y en plena vitalidad? Nuestro dolor se multiplica *por muchos enteros* porque en esto los sacerdotes no somos diferentes de los demás fieles ni del resto de los mortales. Por ello, os invito en esta tarde a pedir, y a pedir mucho y con confianza. Sí, la muerte de un sacerdote es siempre una llamada a la oración: lo es a pedir, en primer lugar, por él y para él el eterno descanso, él que predicó tantas veces a los fieles el Misterio de la Muerte y la Resurrección del ser humano por la muerte y la resurrección de Cristo... ¡ojala que Cristo lo reciba en su seno y le dé el premio a todos los esfuerzos que él puso en su vida por ser un buen creyente y un buen sacerdote!

Pero la muerte de un presbítero es una llamada, en segundo lugar, a la oración también por la vocaciones al ministerio sacerdotal ordenado, ministerio que tanto necesita la Iglesia -y nuestra Diócesis en estos momentos concretos de la Historia- porque como presbiterio sentimos con pesar que el trabajo que él deja no tiene manos suficientes con las que ser atendido.

Queridos todos: hoy, tanto los familiares, los amigos y los feligreses de D. Pedro, así como todos nosotros -sus compañeros sacerdotes-, en esta tarde como entonces en el Cenáculo, escuchamos la palabra de Jesús que resuena de una manera especial infundiendo confianza y cercanía, consuelo y fortaleza: *“Que no tiemble vuestro corazón: creed en Dios y creed también en Mí; en la casa de mi Padre hay muchas estancias... si no fuera así ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio?”* (Jn 14, 1-2) Hoy estas palabras del Señor son dichas para cada uno de nosotros.

El hecho de la muerte de D. Pedro nos llena de tristeza, es verdad, pero la palabra de Cristo es plenamente consoladora y llena de esperanza nuestro corazón porque creemos en Jesús y creemos en su palabra. Confiamos totalmente en la firme promesa del Señor de que vendrá, en la hora de nuestra muerte terrena, no para recoger el saldo final de nuestra vida sino para acogernos a nosotros, para abrazarnos y llevarnos con Él a la Casa del Padre donde hay sitio para todos.

Ofrezcamos con especial devoción esta Eucaristía por nuestro hermano Pedro, mis queridos hermanos. Unamos su muerte a la Muerte y la Resurrección de Cristo, y pidamos al Señor que si nuestro hermano, amigo y compañero Pedro quedó manchado en algo como fruto de su debilidad humana, el perdón y la misericordia infinitos del Padre lo perdonen y lo purifiquen; así, por los méritos del Señor, nuestro buen Pedro resucite para siempre a la vida junto a Dios y goce de su eterna felicidad y compañía en el Cielo.

Que la Virgen de los Milagros, a la que él tanto quería e invocaba con tanta devoción, lo reciba en sus brazos de Madre e interceda por él ante su Hijo, lo mismo que lo hizo tantas veces cuando vivía y necesitaba de su ayuda aquí en este valle de lágrimas. De este modo, unidos a la poderosa intercesión de la Madre del Cielo, la Virgen de los Milagros, le decimos al Dios-Amor: dale Señor el descanso eterno y brille para él la luz eterna, y a nosotros confórtanos en la fe y en la esperanza en estos momentos en los que, como les sucedió a los de Emaús, parece que se hace de noche en nuestro corazón (cfr. Lc 24, 29). Amén.